

LXIX.

Mas pronto perturbado
 su corazon de nuevo
 latió desconcertado,
 y comenzó á crëer
 la aparicion soñada
 del celestial mancebo
 inspiracion enviada
 por celestial poder.

LXX.

De cada flor que rota
 derriba, vió que intacta
 la desprendida gota
 resbala, y sin perder
 su redondez compacta,
 en la mullida yerba
 entera se conserva,
 maciza al parecer.

LXXI.

Tendió la régia mano
 á la que mas vecina
 halló; ¡mas al cogerla
 reconoció Al-hamar
 su sino sobrehumano!
 la gota cristalina
 era una gruesa perla,
 cual nunca las dió el mar.

LXXII.

Su limpia transparencia,
 su peso, su tamaño, le obvia y
 su origen, tan extraño sonan del
 á cuanto oído fué, ¡cuántos los
 pregonan infinita en número,
 en número, inaudita en precio
 en precio la opulencia del rey
 del rey que las posée.

LXXIII.

No tiene en las ignotas
 minas que avara encierra
 tesoro igual la tierra
 ni en piedra, ni en metal:
 cada una de las gotas
 del celestial rocío,
 de plata vale un río
 en precio á un reino igual.

LXXIV.

¡Bendito al que tesoro
 tál posée le cabe!
 ¡Bendito el que le sabe
 empleo digno dar!
 ¡Dichoso el Nazarita
 Amir (4) del pueblo moro,
 en quien está bendita
 la estirpe de Nazár!

LXXV.

Cayó Al-hamar de hinojos,
 y alzando al firmamento
 las manos y los ojos,
 con exaltada fé,
 «Señor, dijo, yo admito
 un dón tan opulento,
 y á dón tan infinito,
 corresponder sabré.»

LXXVI.

Y así Al-hamar diciendo,
 y el don agradeciendo
 que liberal le envía
 la mano del Señor,
 las perlas recogía,
 y acaba al recogerlas
 EL LIBRO DE LAS PERLAS:
 ¡de Alá sea en loor!

LXXVII.

¡de Alá sea en loor!
 ¡de Alá sea en loor!
 ¡de Alá sea en loor!
 ¡de Alá sea en loor!
 ¡de Alá sea en loor!
 ¡de Alá sea en loor!

Libro de los Alcázares.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

III.

Tus fructíferas colinas,
 que son nidos de palomas,
 embalsaman los aromas
 de un florido eterno Abril:
 de tus fuentes cristalinas
 sulcan cisnes los raudales:
 bajan águilas reales
 á bañarse en tu Genil.

IV.

Gayas aves entretienen
 con sus trinos y sus quejas
 el afán de las abejas
 que en tus troncos labran miel;
 y en tus sauces se detienen
 las cansadas golondrinas
 á las playas argelinas
 cuando emigran en tropel.

V.

En tí como en un espejo
 se mira el Profeta santo;
 la luna envidia el encanto
 que hay en tu dormida faz,
 y al mirarte á su reflejo
 el arcángel que la guía
 un casto beso te envía
 diciéndote:— «Duerme en paz.»

VI.

El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles va la brisa
de la aurora á reposar.
¡Oh Granada! la sultana
del deleite y la ventura,
quien no ha visto tu hermosura
al nacer debió cegar.

VII.

¡Alá salve al Nazarita,
que derrama sus tesoros
para hacerte de los Moros
el alcázar imperial!
¡Alá salve al rey que habita
los palacios, que en tí eleva!
¡Alá salve al rey que lleva
tu destino á gloria tal!

VIII.

Las entrañas de tu sierra
se socavan noche y día;
dan su marmol á porfia
Geb-Elvira y Macâel (1).
Ensordécese la tierra
con el són de los martillos,
y aparecen tus castillos
maravillas del cincel.

IX.

Ni un momento de reposo
 se concede: palmo á palmo
 como á impulso de un ensalmo
 se levanta por do quier
 el alcázar portentoso,
 que mofándose del viento
 será eterno monumento
 de tu ciencia y tu poder.

X.

Reverbera su techumbre
 por las noches á lo lejos
 de las teas á la lumbré (2),
 que iluminan sin cesar
 los trabajos misteriosos,
 y á sus cárdenos reflejos
 ván los génios sus preciosos
 aposentos á labrar.

XI.

¿De quién es ese palacio
 sostenido en mil pilares,
 cuyas torres y alminares
 de inmortales obra son?
 ¿Quién habita el régio espacio
 de sus cámaras abiertas?
 ¿Quién grabó sobre sus puertas
 atrevido su blason?



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. World Heritage, la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

XII.

¿De quién es aquella corte
de galanes Africanos
que le cruzan tan ufanos
de su noble Amir en pós?
En su alcázar y en su porte
bien se lee su nombre escrito:
Al-hamar. — ¡Alá bendito!
Es la ALHAMBRA. — ¡Gloria á Dios!



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Alhambra.

XIII.

¡Salud, favorita bella
del Amir mas poderoso!
¡Salud, tienda de reposo
de la gloria y el placer!
¡Vele Dios tu buena estrella,
dichosísima señora!
¿quién de tí no se enamora
si una vez te llega á ver?

XIV.

Al-hamar vertió en tu seno
de sus perlas los tesoros,
te hizo perla de los Moros,
puso reinos á tus piés.
Noble Reina, de labores
tu real manto arrastras lleno,
y cada una de sus flores
un soberbio alcázar és.



P. C. de la Alhambra y Generalife
CULTURA

XV.

Hermosísima Africana,
rie y danza voluptuosa:
tu albo seno es una rosa
en lo fresco y lo gentil.
Regocíjate, Sultana,
rie y danza sin pesares,
que el compás de tus danzares
llevarán Darro y Genil.

XVI.

Rie y danza: ¿quién descuella
como tú en poder y gala?
¿quién compite, quién iguala
tu opulenta magestad?
Donde tú sientas la huella
ván sembrando los amores
la semilla de las flores
que perfuman tu beldad.

XVII.

¿Dónde está la altiva reina
que á la par de tí se ostente?
¿dónde está la que su frente
se corone como tú?
Son jardines tus cabellos,
que aromado el viento peina,
cuando Mayo prende en ellos
tocas de verde tisú.

XVIII.

Diadema con que se ciñe
tu Granada, son tus brillos
del color en que se tiñe
roja el alba al purpurar.
Tus diamantes son palacios
engastados en cintillos
de murallas de topacios,
que deslumbran el mirar.

XIX.

Y esas bóvedas ligeras
cual prendidos cortinages,
y esos muros como encages
delicados en labor,
de las manos hechiceras
de los génius han salido,
que en secreto ha sometido
á su dueño el Criador.

XX.

¡Régia Alhambra! ¡Áureo pebete
perfumero de Sultanas!
Tus arábigas ventanas
son las puertas de la luz.
El Oriente se somete
á tus piés como un cautivo,
y hace bien de estar altivo
de tenerte el Andaluz.

Generalife (3),

Granada á vista de pájaro.

XXI.

Entre lirios mal velado
el galan Generalife
dá al ambiente enamorado
dulces besos para tí;
como Ondina, que ligera
huyendo, desde su esquife
vuelto el rostro á la ribera
se los dá á quien queda allí.

XXII.

¿Qué Sultan su alcázar tiene
de jardines enramado,
de una peña asi colgado
en mitad del aire azul?
Con los siervos que mantiene
el de el Bósforo sonoro
no hará nunca á fuerza de oro
otro igual en Estambul.

XXIII.

Del peñon en la alta loma
semejando está que vuela
como rápida paloma
que se lanza de un ciprés:
mas si el ojo se asegura
de que inmóvil está en la altura
le parece una gazela
recostada entre una miés.

XXIV.

Sus calados peristilos,
sus dorados camarines,
sus balsámicos jardines
de salubre aire vital,
de los Silfos son asilos,
que meciéndose en sus flores
cantan libres sus amores
en su lengua celestial.

XXV.

Y en las noches azuladas
del verano, oculta cita
trae amantes á las Hadas
sus caricias á gozar:
y al rayar el alba hermosa
que interrumpe su visita,
en sus alas de oro y rosa
tornan vuelo á levantar.

XXVI.

Atalaya de Granada,
 alminar de escelsa altura
 de la atmósfera mas pura
 colocado en la region,
 ¿qué no ven de cuanto agrada
 tus ventanas por sus ojos?
 ¿qué se niega á los antojos
 del que asoma á tu balcón?

XXVII.

Junto á tí los Alijares (4)
 ataviados á lo moro
 en el rio de aguas de oro
 ven su gala y brillantez.
 Mas allá, sobre pilares
 de alabastro, *Darlaroca* (5)
 con su frente al cielo toca,
 que la sufre su altivez.

XXVIII.

(*) *En* su par los frescos baños
 de las Reinas Granadinas,
 cuyas aguas cristalinas
 se perfuman con azahar,
 y se entoldan con las plumas
 de mil pájaros estraños,
 que se ván con grandes sumas
 á las Indias á comprar.

XXIX.

A tu izquierda el montecillo
cuyo pié Genil evita,
reflejando en sí la Ermita (6)
de los siervos de la Cruz:
á tu diestra el real castillo (7)
sobre el cual voltéa inquieta
la simbólica veleta
del bizarro Aben-Abúz.

XXX.

Mas allá los cerros altos
(cuyo nombre y cuya historia
dejarán dulce memoria)
del Padúl y de Alhendin.
Y allá más los grandes saltos
de las aguas de la sierra,
cuya eterna nieve cierra
de tus reinos el confin.

XXXI.

A tus piés Torres-Bermejas (8)
con sus cubos pintorescos,
que avanzadas y parejas
aseguran tu quietud.
Y bajo ellas, el espacio
respetando del palacio
de su rey, los valles frescos
donde habita la salud (9).

XXXII.

¡Oh pensil de los hechizos,
 bien amado de la luna!
 ¿Qué echa menos tu fortuna
 en la gloria en que te ves?
 Abre, avaro, antojadizo
 tus moriscos agimeces,
 y vé qué es lo que apetece
 con Granada ante tus piés.

XXXIII.

¿De tu vista caprichosa
 qué no alcanzan los deseos?
 Sus mezquitas, sus paseos,
 su opulento Zacatín (10);
 su Bib-rambla bulliciosa
 con sus cañas y sus toros;
 de valor y amor tesoros
 Albuést (11) y el Albaycín;

XXXIV.

sus colmados alhoriles,
 sus alhóndigas reales,
 sus sagrados hospitales,
 régias obras de Al-hamar,
 todo está bajo tu sombra
 ¡oh floron de los pensiles!
 de tus plantas siendo alfombra,
 y encantándote el mirar.

XXXV.

¡Oh! palacio de la zambra,
 camarín de los festines,
 alto rey de los jardines,
 de aguas vivas saltador,
 real hermano de la Alhambra,
 pabellón de áuras suaves,
 favorito de las aves,
 y del alba mirador:

XXXVI.

de los pájaros el trino,
 de las áuras el arrullo,
 de las fiestas el murmullo,
 y del agua el manso són,
 dan al ámbito divino
 de tu alcázar noche y día
 una incógnita armonía,
 que embelesa el corazón!

XXXVII.

Encantado laberinto
 consagrado á los placeres,
 tú, escalón del cielo eres,
 tú, portada del Edén.
 En tu mágico recinto
 escribió el amor su historia,
 y á los justos en la gloria
 las Hurfies se la léen.

AL-HAMAR EN SUS ALCÁZARES.

XXXVIII.

Liberal de sus erarios,
protector del desvalido,
fiel, leal para el vencido,
y del sabio amparador;
por amigos y contrarios
estimado en paz y en guerra,
es la egida de su tierra
Al-hamar el vencedor:

XXXIX.

En la paz, rey justiciero,
oye atento en sus audiencias
y dá recto sus sentencias
por las leyes del Korán.
En la guerra, compañero
del soldado, buen guerrero,
por valiente vá el primero
como vá por capitán.

XL.

Ostentosa en aparato,
costosísima en su porte,
á los ojos de su corte
muestra su alta dignidad:
pero al dar con tal boato
real decoro á la corona,
niega sóbrio á su persona
lo que dá á su magestad.

XLI.

No dejado, mas modesto
en su gala y vestidura,
dá á su cuerpo limpia holgura
y elegante sencillez:
y recibe á su presencia,
donde quiera al bien dispuesto,
con cordial benevolencia
al dolor y á la honradez.

XLII.

Franco, afable, igual, sencillo
en su vida y ley privada,
en su pecho está hospedada
la leal cordialidad;
y depuesto el régio brillo,
los amigos de su infancia
en el fondo de su estancia
hallan siempre su amistad.

XLIII.

Sus mas fieros enemigos
los Amires Castellanos,
le visitan cortesanos
y le piden proteccion:
y él los trata como á amigos,
con sus nobles los iguala,
los festeja y los regala
sin doblez de corazon.

XLIV.

Moderado en sus placeres
cual frugal en sus festines,
dá opulento á sus mugeres
mesa opípara en su Harén (12);
pero no entra en sus jardines
tierno amante ó fiel esposo
hasta la hora del reposo,
como á un príncipe está bien.

XLV.

El Korán cuatro sultanas
le permite, y como tales
en sus cámaras reales
alojadas cuatro estan.
Á las cuatro tiene vanas
el amor del Nazarita,
mas ninguna es favorita
en el alma del Sultan.

XLVI.

Las almées y los juglares (13)
de mas gracia y mas destreza
tiene á sueldo, con largueza
atendiendo á su placer;
y en sus fiestas familiares
las prodiga el noble Moro
cuanto pueden amor y oro
por espléndido ofrecer.

XLVII.

Es su Harén del gozo fuente
y de fiestas laberinto:
estremece su recinto
siempre alegre conmocion,
y resuena eternamente
por los bosques de la Alhambra
el compás de libre zambra,
y de músicas el són.

XLVIII.

Al-hamar en tanto á solas
con sus íntimos cuidados
en el bien de sus estados
piensa inquieto sin cesar;
y sobre las mansas olas
de aquel mar de dicha y calma
brilla el faro de su alma,
vela el ojo de Al-hamar.

XLIX.

Afanoso, inquieto, activo
mientras dura el día claro,
de los débiles amparo,
peso fiel de la igualdad,
sin quitar pié del estribo,
sin dejar puerta, ni torre,
ni mercado, vé y recorre
por sí mismo la ciudad.

L.

Por do quier con recta mano
la justicia distribuye,
por do quier sagáz se instruye
de las faltas de su ley,
y la enmienda soberano
del bien de su pueblo amigo,
porque sirva de castigo
y de amparo de su grey.

LI.

Asi el noble Nazarita,
rey y luz del huerto ameno
de Granada, Edén terreno
modelado en el Korán,
sus alcázares habita,
de virtud siendo rocío,
siendo rayo del impío,
y decoro del Islám.

LII.

Vencedor, nunca vencido,
rey piadoso, juez severo,
en la lid buen caballero,
y en la paz sol de su fé;
de sus pueblos bendecido,
de enemigos respetado,
y de fieles rodeado
el escelso Amir se vé.

LIII.

Y así mora el Nazarita
sus alcázares dorados,
misteriosamente alzados
del placer para mansion.
Mas ¿quién sabe si él habita
su morada encantadora,
y el pesar oculto mora
en su régio corazón?

LIV.

Triste, insomne, solitario,
como sombra taciturna
que á su nicho funerario
un conjuro hace asomar,
á las brechas angulares
de su torre de Comares
en la lobreguez nocturna
tal vez asoma Al-hamar.

LV.

Apojado en una almena
de la gigantesca torre,
del río que á sus piés corre;
oye distraído el són,
y contempla en los espacios,
que la espesa sombra llena
de su corte y sus palacios
el fantástico monton.

LVI.

Pertináz á veces mira
del fresco valle á la hondura,
sombra, espacio y espesura,
anhelando penetrar:
muévase allí el áura mansa,
no más: de mirar se cansa,
y el rostro vuelve y suspira
melancólico Al-hamar.

LVII.

¡Cuántas veces en la almena
le sorprende la mañana,
y al afan que le enagena
treguas dá su resplandor;
y sin dar un hora al sueño
de Granada vuelve el dueño
de sí á echar lo que le afana
de sí mismo vencedor!

Libro de los Espíritus.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

III

¿Qué flor no se marchita?
 ¿Cuál es el fuerte roble
 que el huracán no troncha
 ó el tiempo no carcome?
 ¿qué dicha no se acaba?
 ¿qué hora velóz no corre?
 ¿qué estrella no se eclipsa?
 ¿qué sol nunca se pone?

I.

¿Qué flor no se marchita?
 ¿Cuál es el fuerte roble
 que el huracán no troncha
 ó el tiempo no carcome?
 ¿qué dicha no se acaba?
 ¿qué hora velóz no corre?
 ¿qué estrella no se eclipsa?
 ¿qué sol nunca se pone?

II.

¿Adónde está el alcázar
 en cuyas altas torres
 la tempestad no ruge
 cuando el nublado rompe?
 ¿Quién es el que há cruzado
 el piélago salobre
 sin que su nave un punto
 la tempestad azote?

III.

¿Quién fué por el desierto
 pisando siempre flores?
 ¿Ni quién pasó la vida
 sin duelos ni pasiones?
 ¿Ni quién és el que en calma
 durmió todas las noches
 sin que el pesar un punto
 tenido le haya insomne?

IV.

Ninguno. El rey altivo;
 como el esclavo pobre;
 al reclinar cansados
 su frente por la noche,
 ya en mendigada paja,
 ya en ricos almohadones,
 perciben que un gusano
 el corazón les rõe.

V.

Es el afán secreto
 que agita eterno;
 al corazón, y gira
 con la veleta móvil
 del pensamiento vano.
 ¡Dichoso el que conoce
 que Dios tan solo llena
 el corazón del hombre!

VI.

Por eso el Nazarita,
 que aunque de Dios favores
 sin tregua ha recibido,
 á humanas condiciones
 sujeto está, vá presa
 de afanes interiores,
 rumiando pensamientos,
 que su atencion absorben.

VII.

Vá solo, atravesando
 el enramado bosque,
 que cubre el fresco valle
 donde al mullido borde
 de fuente cristalina
 que mana entre las flores,
 un sueño misterioso
 le embelesó una noche.

VIII.

Vá solo, meditando
 los ágricos sinsabores,
 que dánle de su reino
 civiles disensiones.
 De Dios pesa la mano
 sobre su pueblo, y torpe
 tal vez contra sí mismo
 vá á dirigir sus golpes.

IX.

¿Qué han hecho al fin sus sábios
 proyectos creadores?
 ¿Qué al fin han producido
 tesoros tan enormes
 como él ha dispendiado
 para elevar el nombre
 de su gentil Granada
 sobre el de cien naciones?

X.

Cubrió los verdes cerros
 de gigantescas moles;
 tornó en frondosos cármenes
 sus valles y sus montes;
 mas la soñada dicha
 de sus intentos nobles
 ¿dó está, si á los humanos
 no pudo hacer mejores?

XI.

Riqueza dió á los Moros,
 con la riqueza dióles
 poder, victoria, fama...
 mas dió á sus corazones
 con ella mas deseos
 y orgullo y vicio dobles:
 y al fin ¿qué es lo que logra?
 doblar sus ambiciones.

XII.

Con ellas la discordia
germina á par: mayores
triumfos tal vez alcancen
sus armas; tal vez logren
á empresas mas gloriosas
dar cima, y sus pendones
clavar sobre los muros
que á los contrarios tomen.

XIII.

Mas ¡ay cuando su fuerza
contra ellos mismos tornen!
mas ¡ay cuando su ciencia
se emplee en invenciones
de pérdida política,
de códigos traidores,
que leyes pregonando
su destruccion pregonen:

XIV.

y el reino que él fundara
de tanto afan á coste,
por él seguro acaso
de estrañas invasiones,
tal vez consigo mismo
luchando se destroce,
y abra á un sangriento circo
su alcázar sus balcones.

XV.

Tal vez un rey Cristiano
 sagaz y fuerte entonces
 desde Castilla viendo
 los Arabes discordes,
 la hoguera de sus iras
 certeramente sople,
 y al frente de Granada
 presente sus legiones.

XVI.

Asi Al-hamar discurre
 con cálculos precoces
 llorando por Granada,
 la flor de sus amores.
 Asi Al-hamar se aflige
 y á solas por el bosque
 se mete, absorto y triste,
 con sus cavilaciones.

XVII.

Era una hermosa tarde
 de Abril: los resplandores
 del sol, que á ocaso baja
 manchando el horizonte
 con tintas de oro y púrpura,
 los pardos torreones
 alumbraba de la Alhambra
 con rayos tembladores.

XVIII.

Ya la última montaña
 á largo andar traspone
 el sol: ya, dora solo,
 los altos miradores
 de los palacios árabes:
 cayendo al fin se esconde
 tras la montaña entero,
 y allá la mar le sorbe.

XIX.

El pálido crepúsculo,
 que vá tras él, recoge
 la luz que al día resta:
 dá un paso más, y el orbe
 con cuanto bello abarca
 en lúgubres crespone
 emboza poco á poco
 la silenciosa noche.

XX.

Nubló su espesa sombra
 los ojos brilladores
 del distraído príncipe,
 y al mundo real volviólo:
 volver quiso él las bridas
 de su caballo, dócil
 á su llamada siempre,
 pero rebelde hallólo.

XXI.

Era el caballo de árabe
 raza, leal y noble; mas por la vez primera
 su origen desmintióse.
 La voz de su ginete
 desconoció: aplicóle
 la espuela, y al sentirla
 feróz encabritóse.

XXII.

Mira Al-hamar en torno
 por si hay de que se asombre,
 y al estender la vista
 el sitio reconoce.
 Junto á la fuente se halla
 á cuyo són durmióse
 años atrás, soñando
 con célicas visiones.

XXIII.

La idea mas recóndita
 de su cerebro entonces
 se levantó, espantando
 su corazón. Las dotes
 divinas del espíritu
 que allí le habló; los dones
 que recibió del cielo
 desde que á él aparecióse;

XXIV.

su celestial historia,
 sus celestiales órdenes,
 que obedeció arrastrado
 de impulsos superiores;
 de gloria y de opulencia
 las altas predicciones,
 en todo con sus místicos
 oráculos conformes;

XXV.

todo fué cierto; todo
 cual lo soñó cumpliósse.
 ¿No será pues su raza
 quien sus afanes logre?
 ¿No es pues el Dios que adora,
 el Dios de sus mayores,
 y él hizo una diadema
 con que otro se corone?

XXVI.

Su mente oscurecieron
 densísimos vapores:
 dudó; tembló dudando;
 el corazón turbósele,
 y así exclamó en la sombra
 con temerosas voces,
 que ahogó el murmullo manso
 del manantial y el bosque.

XXVII.

«Espíritu, ¿qué el fondo
 »de ese raudal esconde, ¿cómo sup
 »yo obedecí sumiso al llamado sup
 »tus misteriosas órdenes, ¿qué ob
 »y soy la sola víctima, ¿cómo ob
 »de tu presencia. Tórname la así
 »pues á la fé primera, ¿cómo me
 »ó con tu ley abónáme.»

XXVIII.

Dijo: y como acosado
 por invisible golpe,
 saltó el caballo fiero
 con repentino bote,
 por medio de las sombras
 lanzándose á galope,
 y el rey arrebatado
 á su pesar sintióse.

XIX.

correspondió el alma
 : porque se sintió
 : obedeció al llamado
 : el espíritu misterioso
 : y el rey arrebatado
 : á su pesar sintióse.

XXV

populal y rebullir, acofog y padma Y

La carrera.

—

—

—

XXIX.

Lanzóse el fiero bruto con impetu salvage
 ganando á saltos locos la tierra desigual,
 salvando de los brezos el áspero ramage
 á riesgo de la vida de su ginete real.

Él, con entrambas manos le recogió el rendage,
 hasta que el rudo bello tocó con el pretal;
 mas todo en vano: ciego, gimiendo de corage,
 indómito al escape tendióse el animal.

XXX.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
 las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
 los calvos pedregales, los cenagosos hoyos,
 que el paso de las aguas del temporal formó,
 sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
 cual si escapara en circo á la carrera abierto,
 cual hoja que arrebatan los vientos del desierto
 el desbocado potro velóz atravesó.

XXXI.

Y matas, y peñas, vallados y troncos
 en rápida, loca, confusa ilusion
 del viento á los silbos, ya agudos, ya roncós,
 pasaban al lado del suelto bridon.

Pasaban huyendo cual vagas quimeras
 que forja el delirio, febriles, ligeras,
 risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,
 girando, bullendo, rodando en monton.

XXXII.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
 las copas ligeras de palmas y pinos,
 las varas revueltas de zarzas y espinos,
 las yedras colgadas de el brusco peñon,
 medrosas fingiendo visiones perdidas,
 gigantes, y mónstruos de colas torcidas,
 de crespas melenas al viento tendidas,
 pasaban en larga fatal procesion.

XXXIII.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
 de la ilusion: fantásticos é informes
 abortos del pavor: mudas y enormes
 masas de sombra sin color ni faz.
 Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
 pasaban aturdiendo su cabeza
 con diabólico impulso y ligereza,
 en fatigosa hilera pertináz.

XXXIV.

Pasaban, y Al-hamar las percibia
pasar, sin concebir su rapidez,
en mas vertiginosa fantasía,
en mas confusa y tumultuosa orgía,
mas juntas, mas veloces cada vez:
y atronado su espíritu cedia
á la impresion fatídica, y corria
frio sudor por su morena téz.

XXXV.

Y en su fáz estrellándose el viento,
la ponía en nerviosa tension,
y cortaba el camino al aliento,
y prensaba el cansado pulmon;
y golpeando en sus sienes sin tiento
de su sangre el latido violento,
sus oídos zumbaban con lento,
y profundo, y monótono són.

XXXVI.

Ya creía que huyendo el camino
de el corcel bajo el cóncavo callo
galopaba sobre un torbellino,
mantenido en su impulso no mas.
Ya creía que el negro caballo
por la ardiente nariz y los ojos
despidiendo metéoros rojos
rastros impuros dejaba detrás.

XXXVII.

Ya sorbido por denso nublado,
con la lluvia, el granizo y centellas
de que lleva su vientre preñado,
cree que va fermentando á la par.
Nubes cruza tras nubes, y en ellas
del turbion al impulso sujetos
mira mil nunca vistos objetos
remolinos eternos formar.

XXXVIII.

De este vértigo horrible transido
caminaba á las riendas asido,
en los corvos estribos seguro,
y entre en uno y el otro horrén
empotrado, dejando abatido
por el bruto llevarse en lo oscuro;
y empezaba á perder el sentido
del escape mareado al vaivén.

XXXIX.

Rendido y las fuerzas perdiendo
al vértigo intenso cedió;
y loco el cerebro sintiendo,
los ojos cerrar no pudiendo
la ciega mirada fijó,
tenaz contraccion manteniendo
no mas su equilibrio, y corriendo
cual otro fantasma siguió.

XL.

Y espacios inmensos cruzando,
y atrás á la tierra dejando,
las vallas de sombra saltando,
que cercan el mundo mortal,
creyóse su mente perdida
en tierra jamas conocida,
region de otra luz y otra vida
de atmósfera limpia é igual.

XLI.

Y vió que un alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecía á lo lejos
en esta nueva region;
y el alma, exenta de pena,
cruzando el éter tranquilo
volaba á un eterno asilo
en otra inmortal mansion.

XLII.

Suavísimo arrobamiento,
deliquio dulce invadióle,
y encima del firmamento
en el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente,
y ante los ojos pasóle
el Paraiso esplendente
que Mahomad visitó.

XLIII.

El místico y nocturno
viaje de el Profeta
juzgó que iba á su turno
sobre el Borak á hacer (14):
y la ilusion sujeta
á lo que de él relata
la bóveda de plata
de un cielo empezó á ver.

XLIV.

Los astros vió suspensos
de auríferas cadenas,
y sus lumbreras llenas
de espíritus de luz;
espíritus inmensos (15)
en formas de caballos,
de corzos y de gallos
de enorme magnitud.

XLV.

Y vió islas encantadas
flotando en los espacios,
con templos de topacios,
y muros de marfil:
y casas fabricadas
de nácar, cuyas puertas
de ébano dán abiertas
sobre jardines mil.

XLVI.

Alli sobre alhamfés
de cedro y palo-rosa,
bajo la sombra undosa
del tilo y del moral,
yacer vió á las hurtes,
que á mil amores tiernas
conservarán eternas
su gracia virginal.

XLVII.

Y atravesó campiñas
fresquísimas y amenas,
de bosques de ámbar llenas,
y cerros de cristal,
y prodigiosas viñas,
que en frutos dán oplmos
las perlas en racimos
en tallos de coral.

XLVIII.

Vió grutas pintorescas
por Sífides moradas,
cubiertas sus portadas
bajo el flotante tul
de mil cascadas frescas,
que atravesando prados
de hermoso añil sembrados
van tintas en su azul.

XLIX.

Caer las vió en riberas
 donde reposan mansos
 los mónstruos y las fieras
 de tierra, viento y mar:
 y en plácidos remansos,
 el sueño entreteniéndolas,
 vió cisnes y oropéndolas
 bañarse y jugar.

L.

Y vió dorados peces
 en tumultuoso bando
 á flor de el agua á veces
 pacíficos nadar,
 y á veces elevando
 por cima de las olas
 los lomos y las colas
 la orilla salpicar.

LI.

Vió luego estos rios
 crecer sin vallares,
 perdiéndose en mares
 de leche y de miel:
 y en ellos navíos
 do van los amores
 meciéndose en flores
 de uno á otro bagel.

LII.

Murmullo tras ellos
levantan sonoro
mil góndolas de oro
de concha y marfil,
do van Silfos bellos
vogando, con velas
de chales y telas
de seda sutil.

LIII.

Espuma levantan,
inquietos remando,
los mil gondoleros
que van tripulando
los barcos veleros;
y danzan ligeros,
y armónicos cantan
alegre canción:

LIV.

y mil gayas aves,
que siguen las naves
al sol esponjando
sus plumas distintas
de mil varias tintas
de azul, gualda, y oro,
imitan en coro
del cántico el són.

LV.

Al lejos el viento
responde á su acento
allá en la arboleda
moviendo rumor,
y el éco que atento
en lo alto se queda
burlon les remeda
cual sabe mejor.

LVI.

El cuadro divino,
la paz, la ventura,
perfume, frescura
y luz celestial
de aquel peregrino
pais, torna pura
al rey Granadino
la calma vital.

LVII.

Y en rápido vuelo
pacífico y blando
los aires surcando
se siente llevar:
y vé que sin suelo
do fije el caballo
el áspero callo
cruzando vá el mar.



Patrimonio Cultural de la Alhambra y Generalife
CULTURA

LVIII.

Del líquido el fondo
contempla pasando,
y alcanza mirando
del agua al trasluz
el álveo redondo,
que puebla radiante
cohorte flotante
de peces de luz.

LIX.

Sutiles vapores
le impelen súaues,
y costas y naves
se deja detrás,
y espacios mayores
cruzando en su vuelo
aborda del cielo
las costas quizás.

LX.

Avanza, y niebla
pálida vé
que el aire puebla,
segun pié á pié
ganando vá
aquel estenso
espacio inmenso
do errando está.

LXI.

Y le parece
que se ennegrece
mar, niebla y viento
en torno de él,
y que se acrece
cada momento
el movimiento
de su corcel.

LXII.

Anochece,
y oscurece
mas aprisa
cada vez
el ambiente,
que se espesa
con creciente
lobreguéz.

LXIII.

El camino
desparece,
y sin tino,
ni destino
que comprenda,
sobre senda
audazmente
carrilada



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

por un puente
de movable
tirantéz:
tan delgada
como el hilo
en que se echa
descolgada
una oruga:
como arruga
que en tranquilo
lago tiende
cuando hiende
su agua el pez;
tan estrecha
como el filo
de una espada,
como flecha
disparada,
cual centella
desatada
vá sin huella
perceptible
el perdido
Nazarita,
con horrible
é infinita
rapidéz.

LXIV.

Hé aqui el paso

mas tremendo
 cuyo alarde
 nadie evita,
 y que todo
 Mahometano
 mas ufano
 mas cobarde,
 mas temprano
 ó mas tarde,
 en muriendo
 de este modo
 debe hacer.

LXV.

Es el último
 pasaje:
 es el viaje
 postrimer,
 dó los míseros
 nacidos
 divididos
 han de ser.

LXVI.

Es el puente (16)
 de la vida,
 que la gente
 á luz venida
 há por fuerza
 de pasar.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. instrumental de la Alhambra y Generalife
 COMISIÓN DE CULTURA

El que intente
y haga entera
su carrera,
y de frente
sin caída
la salida
logre hallar,
las justicias
y los sustos
infernales
sin temblar,
por las puertas
celestiales
á las huertas
inmortales
como un ángel
ha de entrar;
las delicias
eternales
y los gustos
perenales
de los justos
á gozar.

LXVII.

A este paso
tan estrecho,
cuyo escaso
corto trecho
es camino

tan dudoso
de cruzar,
pero fallo
riguroso
de el destino
y ley santa
que acatar,
se adelanta
vigoroso
el caballo
misterioso
de Al-hamar.

LXVIII.

Temeroso
de mirar,
espumoso,
siempre hirviendo,
rebramando
eternamente,
y azotando
siempre el puente
con horrisono
bramar,
bajo de él
hierva el mar.

LXIX.

Israfil (17)
alli está



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
COMISIÓN DE CULTURA

para ver
el que vá
sin caer,
y pasar
no dejar
al infiel.

LXX.

De él la llave
y este espreso
cargo grave
tiene este ángel
sobre sí:
y por eso
velá allí,
á Dios fiel,
al terrible
mandamiento
cumplimiento
para dar.

LXXI.

Y hé aqui
que por él
vá á pasar
el corcel
de Al-hamar.

LXXII.

Llega, avanza...

ya se lanza...
ya en él entra...
ya se encuentra
suspendido
sobre el puente
sacudido
por el piélago
bullente;
cuyo cóncavo
rugido
se levanta
sin cesar.

LXXIII.

Aturdido,
sin mirar
á la indómita
corriente
que le espanta,
sin osar
aspirar
el ambiente
que le anuda
la garganta,
sin que acuda
tierra ó cielo
en su ayuda,
vuela y pasa
justiciero
rey prudente,



P.C. Instituto de la Alhambra y Generalife
COMISIÓN DE CULTURA

juez severo,
y valiente
caballero,
el primero
de la casa
de Nazar.

LXXIV.

El puente
vacila:
el príncipe
oscila,
perdido
el sentido,
demente,
transido
de horror.

LXXV.

Ya toca
la opuesta
ribera:
ya poca
carrera
le cuesta.
¡Valor!
Ya llega:
le ciega
el pavor.
¡Ah! ¡Dadle



JUNTA DE ANDALUCÍA

Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

favor! conyose vovij
 ¡Salvadle, obveller y
 Señor! convidador

LXXVI.

Ya falto convidador
 de aliento convidador
 vé el último convidador
 salto convidador
 violento convidador
 á que hórrido convidador
 fallo convidador
 brindándole convidador
 está: convidador
 ligero convidador
 el caballo convidador
 certero convidador
 quizá convidador
 le dará. convidador

LXXVII.

Saltó. convidador
 Pasó convidador
 con bien, convidador
 y allá convidador
 cayó. convidador
 de pié. convidador
 Salvo convidador
 fué. convidador
 ¡Oh! convidador

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

ya
¿quién
vé
do
vá?



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Libro de las Nieves.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

III

Inspiracion.

I.

No hay mas que un solo Dios (1). **ÉL** solo es grande,
 solo infinito, omnipotente solo.
 Nada hay que para ser no le demande
 licencia: **ÉL** pesa la virtud y el dolo,
 y el premio envia ó el azote blande.
 Todo lo oye y lo vé de uno á otro polo,
 y cosa no hay por elevada ú honda,
 que á su mirada universal se esconda.

II.

No hay mas que un solo Dios, cuya creencia
 luz és y salvacion: do quier la marca
 brilla de su poder y de su ciencia.
Dios solo es triunfador (2); solo Monarca
 del universo es **ÉL**: su omnipotencia
 con ley universal todo lo abarca:
 su presencia inmortal todo lo inunda,
 todo lo vivifica y lo fecunda.

III.

ÉL los mundos arregla ó desordena
 segun su escelsa voluntad divina:
ÉL al tiempo dirige: **ÉL** encadena
 los elementos á sus piés: domina
 el huracán: tras el nublado truena:
 luce á través del alba purpurina:
 entapiza con nieve las montañas,
 y abrasa con volcanes sus entrañas.

IV.

El murmullo del agua, el són del viento,
 el susurro del bosque estremecido
 por sus inquietas ráfagas, el lento
 arrullo de la tórtola, el graznido
 del cuervo vagabundo, todo acento
 por ave, fiera, ó éco producido,
 el nombre santo de su Dios pronuncia,
 su gloria canta, su poder anuncia.

V.

ÉL los errantes astros encamina;
ÉL azula la atmósfera serena;
ÉL crea y **ÉL** destruye, alza y arruina:
ÉL, infalible juez, salva y condena.
ÉL solo ni envejece, ni declina:
ÉL solo el hueco de los mundos llena:
 el orbe encima de su palma cabe;
 solo **ÉL** no yerra nunca: solo **ÉL** sabe.

VI.

No hay mas que un solo Dios. Los que le niegan con altivez blasfema, palidecen cuando al umbral de su sepulcro llegan: los que en su ciencia ruin se ensoberbecen, de Él se mofan, al morir le ruegan. Por Él existen y por Él perecen todos. No hay mas que un Dios: ante su nombre ¿qué es el orgullo y el saber del hombre?

VII.

Siglo, que audáz el de la luz te llamas, y por miles de plumas y de bocas el manantial de tu saber derramas; siglo de ciencia, que el error derrocas, la virtud premias y el ingenio inflamas; siglo, que dices que á la cumbre tocas de la dicha, que el mundo civilizas y tu raza de sabios divinizas;

VIII.

siglo de prensas, y de bolsa y ágio que intentas difundir hasta la luna en carros de vapor el gran contágio de la ciencia, y parar á la fortuna con tus empresas mil... ¡siglo de plágio que en solos nueve lustros en sí aduna mas *maestros, artistas y doctores* que hubo en ciento estudiantes y lectores!...

IX.

¿de dónde vienen los que nacen? ¿Dónde van los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconden la luna de su luz? ¿Cuál es la mano que les guía á los dos? Habla, responde, orgullo necio del saber humano, hojéa el libro de tu ciencia osada: ¿qué es lo que sabes de tu origen?—**NADA.**

X.

No hay mas que un solo Dios, que nada ignora, y **ÉL** conoce las puertas de la tierra: abre las de la cuna y de la aurora, las de la noche y de la tumba cierra. Más allá de las dos **ÉL** solo mora, **ÉL** solo sabe lo que allá se encierra. De allá viene, allá vá quien nace y muere, porque su voluntad así lo quiere.

XI.

Mas detente ¡oh Espíritu divino! ¡oh Arcángel de la Fé! Tú, cuyo paso buscando un dia al corazon camino ahogó á las Musas y aplanó el Parnaso: único fuego que de el cielo vino, calma tu inspiracion en que me abraso: no ensayes en el arpa del poeta los cantos del salterio del Profeta.

XII.

Mi limitada comprension humana,
 mi ruda voz y tosca poesía
 eleve, sí, tu inspiracion cristiana,
 y dignas sean de la patria mia;
 Enaltece mi ingenio, porque ufana
 pueda hijo suyo apellidarme un dia,
 y de mi nombre, si al olvido vence,
 la tierra en que nací no se avergüence.

XIII.

Mas dejemos al siglo ir desbocado
 de los pasados siglos tras la herencia,
 en el carro de el oro arrellanado,
 ó suspendido en alas de la ciencia.
 Dejémosle seguir la ley de el hado
 segun su voluntad ó su conciencia,
 sin que perturbe su insensata orgía
 el himno audáz de la creéncia mia.

XIV.

Tiéndeme pués tus alas de zafiros,
 y lejos de él traspórteme tu vuelo
 donde sus carcajadas y suspiros
 no desgarran del aire el puro velo.
 De él á través con luminosos giros
 álzame adonde con eterno hielo
 cubriendo su cerviz Sierra-Nevada
 salutíferas áuras dá á Granada.

XV.

Llévame á los recónditos asilos
 de aquellas misteriosas soledades
 cuyos mónstruos de nieve vén tranquilos
 nacer y perecer razas y edades.
 Muéstrame las cavernas y los silos
 donde ván á dormir las tempestades,
 por cima del peñon desconocido
 en que suspende el águila su nido.

XVI.

Del Supremo Hacedor la sábia mano
 no creó sin destino esos lugares
 inaccesibles al orgullo humano:
 ni envueltos en sus mantos seculares
 de nieve espían sin cesar en vano
 esos gigantes blancos tierra y mares.
 Subamos pués sobre las áuras leves
 al misterioso alcázar de las nieves.

XVII.

...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...
 ...

Narracion.

La carrera.—(Segunda parte.)

XVII.

En las desiertas cumbres, que la sierra
á las legiones de la luz levanta,
paso al cielo tal vez desde la tierra:
allí, donde árbol, animal, ni planta
ni vegeta, ni vaga, ni se encierra
bajo la eterna nieve, y se quebranta
cuanto vida ó calor toma del suelo
al peso de una atmósfera de hielo,

XVIII.

se abre por las montañas un camino,
mas bien un tajo, que sus breñas parte
como una faja de planchado lino,
el cual dirige al colosal baluarte
de la nieve: y jamás tan peregrino
sendero supo fabricar el arte,
ni inspirarle á la mente mas risueño
maga oriental en hechizado sueño.

XIX.

A ambas orillas de su senda blanca
 labra caprichos mil el aire helado,
 que el ámpo trae que el remolino arranca,
 dejándole do quier cristalizado.
 La agua congela y el vapor estanca,
 y cincela sutil filigranado
 de el hielo en el cristal, cuyas labores
 descomponen la luz en mil colores.

XX.

Mas como sus espléndidos reflejos
 se estrellan de la nieve en el alfombra,
 y en el mate cristal de sus espejos
 mata al calor la blanquecina sombra,
 todo es blanco do quiera, cerca y lejos:
 todo el país descolorido asombra
 con su igualdad la vista: es blanco el suelo,
 blanco el espacio puro, blanco el cielo.

XXI.

Y allá del peñasal en la estrechura,
 por el lugar do empieza este sendero
 á blanquear en el fin de la llanura,
 comienza á negrear bulto ligero.
 Crece... se aclara como vá la altura
 ganando. Es un mortal: un caballero
 moro, y conforme lo velóz que sube
 parto fué su corcel de alguna nube.

XXII.

El ámpo de la nieve no desflora
 con el herrado casco en su carrera,
 y al ver la forma aérea y voladora
 de ginete y corcel, se les tuviera
 mejor por ilusion fascinadora,
 que por séres de vida verdadera:
 pues ¿quién sino fantásticas visiones
 osaran arribar á estas regiones?

XXIII.

Mas ¿quién bajo los pliegues vé espumosos
 del mullido tapiz de copos leves?
 ¿Quién conoce los séres vaporosos,
 que la region habitan de las nieves?
 ¿Quién sabe qué destinos misteriosos
 les dió aquel, que con dos palabras breves
 cuando hizo el orbe, al hielo cristalino
 del sol su destructor puso vecino?

XXIV.

ÉL solo, Dios. Recóndito misterio
 envuelve los contornos liminares
 de aquel helado y silencioso imperio
 escondido entre rocas seculares.
 Solo ÉL vé lo que encierra este emisferio,
 por entre cuyos blancos valladares
 la árdua ascension al último acomete,
 cual suelta nube, el Arabe ginete.

XXV.

De peñon en peñon, de risco en risco, equivo
 el tortuoso camino vá siguiendo
 sobre su negro potro berberisco,
 y á los nublados bajo de él vá viendo
 fermentar en sus vientres el pedrisco
 de invisibles torrentes al estruendo,
 y segun sube hácia la azul esfera
 vá aflojando el caballo su carrera.

XXVI.

¿Quién és? — Vuela perdido en la distancia:
 su forma es vaga sombra todavia.
 ¿Dó vá? — ¿Y quién su poder ó su arrogancia
 sabe? Tal vez á la mansion del dia.
 Génio, tal vez allí tiene su estancia:
 mortal, de un filtro acaso se valdria.
 Mas ya trepa al confin; ya poco á poco
 modera su corcel su ímpetu loco.

XXVII.

Ya
 se
 vé
 que
 dando
 se vá,
 mas blando,
 al freno.

XXVIII.

Ya no bota
de ira lleno,
ni vá ageno
de derrota
desbocado,
como mata,
que arrebatá
desbordado
rapidísimo
turbion.

XXIX.

Ya se dilata
su fáuce henchida
de comprimida
respiracion,
y violento
lanza el aliento,
que le sofoca
de su pulmon,
con resoplido
de dolorido
cóncavo són.

XXX.

Doble columna gruesa
de fatigoso aliento,
que hace vapor el viento